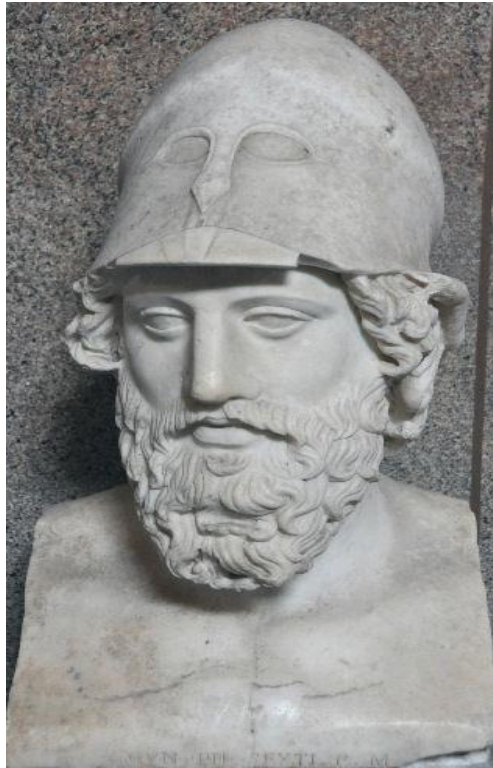


**Año Decimoséptimo: 415-414 a. C.**  
**El proyecto de Expedición a Sicilia en la Asamblea Ateniense.**



General Ateniense anónimo (Museos del Vaticano)

**Nota:** El debate desarrollado en Atenas con respecto a la postura a adoptarse sobre la expedición a Sicilia tiene un papel central en la segunda parte de la obra de Tucídides. Todo aquello que antes fue una política de “firme moderación”, representada por Pericles, ha cambiado hacia un imperialismo ilimitado que terminará agotando a Atenas y precipitándola hacia la derrota. Las palabras de Nicias y Alcibíades reflejan la tensión existente en la ciudad respecto de este punto.

**La Asamblea decreta la expedición a Sicilia y nombra los estrategos. Debate sobre el proyecto (libro VI, 8).**

8-. Al verano siguiente, nada más comenzar la primavera, llegaron de Sicilia los embajadores atenienses acompañados por los delegados de Egesta que traían sesenta talentos de plata sin acuñar, cantidad que representaba la paga de un mes para las sesenta naves cuyo envío tenían intenciones de solicitar. 2-. Entonces los atenienses celebraron una asamblea y escucharon los informes de los delegados de Egesta y de sus propios embajadores –informes seductores pero no ciertos- y en particular el relativo al dinero del que decían que estaba a su disposición en abundancia en los templos y en el erario público. Oídos estos informes, decretaron enviar a Sicilia sesenta naves a las órdenes de Alcibíades, hijo de Clinias, Nicias, hijo de Nicérato, y Lámaco, hijo de Jenófanes, que irían como estrategos con plenos poderes; su misión sería ayudar a Egesta contra Selinunte; luego, si tenían éxito en la guerra, colaborarían en el restablecimiento de los leontinos en su ciudad y, de forma general, arreglarían los asuntos de Sicilia del modo que juzgaran mejor para Atenas.

3-. Cuatro días después de esta sesión, tuvo lugar una nueva asamblea para decidir de qué manera deberían acelerarse los preparativos navales y para votar a favor de los estrategos todo lo que pudieran necesitar con vistas a la salida de las naves. 4-. Pero Nicias, que había sido elegido contra su voluntad para ejercer el mando, consideraba que la ciudad había tomado una decisión equivocada y que esgrimiendo una razón de bella apariencia pero de escasa consistencia aspiraba a dominar todo Sicilia, lo que constituía una empresa de gran envergadura; por ello salió a hablar con el propósito de disuadir a los atenienses, y los exhortó de este modo:

**Discurso de Nicias VI. 9, 1- 14.\***

9-. «Esta asamblea ha sido reunida para tratar de nuestros preparativos, para considerar de qué manera debemos levar anclas hacia Sicilia. A mí, sin embargo, me parece que todavía debemos reflexionar sobre la cuestión en sí misma, preguntándonos si es aconsejable el envío de las naves; me parece que no debemos emprender una guerra que no nos concierne

---

\* La presente traducción corresponde a Juan José Torres Esbarranch, Editorial Gredos, Madrid, 2000.

con una resolución tan rápida sobre un asunto de tanta importancia y por instigación de gentes de otra raza. Y que conste que yo mismo recibo honores por empresas como ésta (2) y que temo por mi persona menos que otros, aunque considero que igualmente es un buen ciudadano el que se preocupa un poco de su persona y de su hacienda, puesto que un hombre así, por su propio interés, también será el primero en desear la prosperidad de su ciudad. De todas formas, ni en el pasado he hablado en contra de mis convicciones para obtener honores ni tampoco ahora voy a decir algo distinto de lo que tengo por más aconsejable. Frente a un carácter como el vuestro sería inútil mi discurso si os (3) aconsejara conservar lo que tenéis y no poner en peligro lo que está realmente a vuestra disposición en pos de posesiones inciertas y futuras; os demostraré, sin embargo, que no os afanáis en un momento oportuno y que no es fácil llegar a poseer lo que anheláis.

10-. Afirmo que vosotros dejáis muchos enemigos aquí y que todavía queréis hacer venir a otros al navegar hacia allí. Y es posible que penséis que el tratado de paz que habéis(2) concertado os ofrece alguna seguridad; ahora bien, aun cuando os mantengáis quietos, ese tratado sólo supondrá una paz nominal (pues éste es el estado de cosas al que nos han llevado ciertas personas, tanto de aquí como de nuestros adversarios), y si una fuerza nuestra de importancia sufre un revés en alguna parte, nuestros enemigos se lanzarán al ataque de inmediato, primero porque llegaron al acuerdo por necesidad, a consecuencia de una serie de desgracias y en una situación menos honorable que la nuestra, y, en segundo lugar, porque en ese mismo acuerdo tenemos muchos puntos en litigio.(3) Y hay incluso algunos pueblos que hasta ahora ni siquiera han aceptado este acuerdo, y no son precisamente los más débiles; al contrario, unos nos hacen la guerra abiertamente, mientras que otros, debido a que los lacedemonios todavía permanecen quietos, se mantienen también ellos inactivos con treguas de diez días.(4) Pero si llegaran a encontrar nuestras fuerzas divididas en dos frentes, y ahora nos afanamos en ello, es muy probable que nos atacaran decididamente de acuerdo con los siciliotas, cuya alianza en el pasado habrían preferido a muchas otras.(5) Es preciso, pues, considerar esta posibilidad y no pensar en poner en peligro a la ciudad cuando está en una situación delicada, ni aspirar a un nuevo imperio antes de haber consolidado el que tenemos, siendo así que los calcideos de la costa tracia, después de tantos años de rebelión contra nosotros, todavía no han sido reducidos, y que otros pueblos del continente nos prestan una obediencia vacilante. Nosotros, en cambio, prestamos nuestra rápida ayuda a los egesteos, unos aliados que se presentan como víctimas de un agravio, pero nosotros mismos, víctimas del agravio de aquellos pueblos tanto tiempo en rebeldía, todavía vacilamos en darles la respuesta adecuada.

11-. Sin embargo, a estos pueblos, si llegáramos a someterlos, podríamos tenerlos bajo nuestro imperio, mientras que a los otros, aun en el caso de vencerlos, difícilmente podríamos dominarlos, dado que son muy numerosos y se encuentran a mucha distancia. Es insensato emprender una expedición contra unos pueblos a los que no se podrá tener bajo control en caso de victoria, y cuando, en caso de fracaso, no se podrá estar en la misma

situación que antes de acometer la empresa. Y me parece que los siciliotas, en su situación actual, (2) todavía nos resultarían menos temibles si llegaran a ser dominados por los siracusanos, eventualidad con la que especialmente tratan de asustarnos los egesteos. Porque actualmente sería posible que vinieran por separado (3) para complacer a los lacedemonios, pero en la otra hipótesis no sería de esperar que un imperio emprendiera una expedición contra otro imperio, pues del mismo modo que podrían destruir el nuestro en unión de los peloponesios, cabría también esperar que el suyo fuera destruido con los mismos medios y por las mismas gentes. En cuanto a nosotros, como con más temor nos (4) mirarían los griegos de allí es si no apareciéramos ante ellos, y en segundo lugar si los hiciéramos una demostración de nuestra fuerza y al cabo de poco nos fuéramos; pero si sufriéramos un contratiempo, al momento nos perderían el respeto y se lanzarían contra nosotros en unión de los de aquí. Porque todos sabemos que lo que más se admira es lo lejano (5) y lo que pone menos a prueba su fama. Y esto, atenienses, os lo demuestra ahora vuestra experiencia con los peloponesios y sus aliados: por el hecho de haber superado, en contra de vuestras previsiones, aquellos objetivos que en un principio temíais, ahora los menospreciáis y ponéis vuestras miras en Sicilia.(6) Pero no hay que crecerse por los infortunios del adversario, sino fundar la confianza en la superioridad de los planes propios, y, en cuanto a los lacedemonios, debemos tener en cuenta que a causa de su humillación no piensan en otra cosa sino en la manera como todavía hoy nos infligirán, si pueden, una derrota que les permita reparar su deshonor, y eso tanto más cuanto que se cuidan de su reputación de valor con muchísimo empeño y desde hace muchísimo tiempo.(7) Así pues, nuestro debate, si somos sensatos, no versará sobre los egesteos de Sicilia, que son un pueblo bárbaro, sino sobre cómo nos pondremos en guardia rápidamente frente a una ciudad que debido a su régimen oligárquico constituye una amenaza.

12-. Conviene también recordar que acabamos de recobrar un poco el aliento después de una grave epidemia y de una guerra, hasta el punto de experimentar un crecimiento en recursos financieros y humanos; y estos recursos es justo gastarlos aquí, en nosotros, y no en beneficio de estos exiliados que piden ayuda, gentes a quienes interesa ir con hermosas palabras y, después de poner en peligro a los demás mientras que ellos mismos sólo ponen en juego palabras, no tributar, en caso de éxito, el agradecimiento debido, o, en caso de fracaso, arrastrar con ellos a la ruina a sus amigos. Y si alguno, contento por haber sido elegido para el mando,(2) os exhorta a zarpar atento tan sólo a su propio interés (máxime cuando todavía es demasiado joven para este mando), a fin de poder ser admirado por sus cuadras de caballos y poder resarcirse un poco de sus muchos gastos gracias a su cargo, a ése no le brindéis la oportunidad de brillar personalmente poniendo en peligro a la ciudad; pensad más bien que esa clase de gente malversa lo público y malgasta lo privado, y que la empresa es demasiado seria como para que unos jóvenes decidan sobre ella y la manejen a la ligera.

13-. Viendo ahora aquí sentados a estos jóvenes, respondiendo a las peticiones de apoyo de ese compañero suyo, tengo miedo, y a mi vez exhorto a los de más edad a que no se avergüencen, si alguno está sentado junto a uno de ellos, de parecer cobardes en el caso de que no voten la guerra; que no se pierdan, como les podría ocurrir a éstos, por el amor de lo lejano, pues saben muy bien que son muy pocas las empresas que alcanzan el éxito gracias a la pasión, y que son muchas las que lo logran merced a la previsión; les exhorto, en cambio, a que, por la patria, que está arrostrando un peligro mayor que todos los precedentes, se pronuncien en contra y voten que los sicilios mantengan sus actuales fronteras con nosotros, unos límites que no se discuten (es decir, el Golfo Jonio para quien navega a lo largo de la costa y el Mar de Sicilia si se viaja por alta mar), y que administrando sus dominios resuelvan entre ellos sus diferencias.(2) A los egesteos en particular, propongo que se les diga que, en vista de que primero han entrado en guerra con los selinuntios sin contar con los atenienses, del mismo modo pongan fin por su cuenta a las hostilidades. Y en el futuro no hagamos aliadas, como es nuestra costumbre, a gentes a quienes hemos de defender cuando están en apuros, pero de las que nosotros no obtendremos ayuda si la necesitamos.

14-. Y tú, prítano, si crees que es tu deber preocuparte por la ciudad y quieres ser un buen ciudadano, somete mis propuestas a votación y da una nueva oportunidad a los atenienses para debatir el asunto. Si temes someter de nuevo a votación una cuestión ya votada, considera que con tantos testigos de tu lado no se te acusará de infringir nuestras costumbres y que te convertirás en el médico de esta ciudad, que ha tomado una decisión equivocada; y piensa que desempeña un cargo con acierto quien presta los mayores servicios a su patria o, al menos, quien no la perjudica voluntariamente.”

### **La personalidad de Alcibíades (15) y su Discurso (16-18)**

15-. Así habló Nicias. Pero la mayor parte de los atenienses que salieron contra Nicias y aconsejaron realizar la expedición y no revocar lo decretado, aunque también hubo algunos que se manifestaron en contra. El que con mayor ardor incitaba a la expedición (2) era Alcibíades, hijo de Clinias; quería oponerse a Nicias, no sólo porque en general estaba en desacuerdo con su política sino también por el hecho concreto de que había sido aludido por él de forma injuriosa; pero lo que más le movía era su deseo de ser estratega de la expedición y su esperanza de que Sicilia y Cartago fueran conquistadas bajo su mando y de que con su éxito pudiera prestar servicio a sus intereses particulares, tanto en el aspecto económico (3) como en el de la fama. Gozaba, en efecto, de la consideración de sus conciudadanos y alimentaba deseos que excedían a sus posibilidades, tanto en lo referente a sus cuadras de caballos como en otras prodigalidades; y esta circunstancia estuvo más tarde

de modo especial en el origen de la ruina de la ciudad de Atenas. (4) Porque la mayoría de los ciudadanos, asustados por la magnitud de los excesos a los que se entregaba en la vida diaria y por el alcance que daba a sus proyectos en cada una de las empresas en que llegaba a intervenir, se enemistaron con él convencidos de que aspiraba a la tiranía; y aunque en la vida pública había tomado las disposiciones más acertadas respecto a la guerra, como en la vida privada cada uno de ellos estaba disgustado por su forma de comportarse, confiaron los asuntos a otros y en poco tiempo (5) llevaron la ciudad a la ruina. En aquella ocasión, pues, salió a hablar Alcibíades y aconsejó a los atenienses de la siguiente manera:

16-. “Ciertamente, atenienses, me corresponde a mí más que a otros tener el mando (es necesario que empiece por este punto, ya que Nicias me ha atacado), y además creo que lo merezco. Porque las actividades por las que soy criticado procuran fama a mis antepasados y a mí mismo, y prestan, además, un servicio a la patria. En efecto, los (2) griegos se han formado una idea de nuestra ciudad superior a su potencia real gracias a la magnificencia de la delegación que yo envié a Olimpia, cuando antes la creían agotada por la guerra; porque presenté siete carros, número antes nunca alcanzado por ningún particular, y logré la victoria y el segundo y cuarto puestos, y dispuse todo lo demás en consonancia con mi triunfo. Y de acuerdo con la costumbre, estos triunfos se miran como un honor, pero, al mismo tiempo, del hecho de alcanzarlos se desprende una impresión de potencia efectiva. Por otra parte, todo el brillo (3) de que hago gala en la ciudad con mis coregias o con cualquier otro servicio es motivo de la envidia que por naturaleza sienten mis conciudadanos, pero para los extranjeros también supone una manifestación de fuerza. Y no es en absoluto inútil la locura de aquel que a expensas propias no sólo se presta servicio a sí mismo sino que también lo presta a la ciudad.(4) Ni es injusto que quien tiene un alto concepto de sí mismo no se sitúe a igual nivel que los demás, dado que aquel a quien le van mal las cosas no halla a nadie para compartir su infortunio; y al igual que nadie nos dirige la palabra cuando caemos en desgracia, del mismo modo, sopórtese ser despreciado por los que tienen éxito; o si no se quiere así, trátese a los demás sobre un pie de igualdad y exíjase recíprocamente el mismo trato.(5) Sé que los hombres de esta clase, como todos los que han sobresalido por la brillantez de una actividad, resultan molestos durante su vida, sobre todo en el trato con sus iguales, aunque también acaban siéndolo en sus relaciones con los demás; sin embargo, a algunos ciudadanos de las generaciones siguientes les dejan la pretensión de un parentesco, aunque tal parentesco no exista, y a la que fue su patria le queda el orgullo de recordarlos, no como si se tratara de gentes extrañas o fracasadas, sino como hijos suyos y autores de hermosas acciones.(6) Éstas son mis ambiciones y por ellas soy blanco de críticas en mi vida privada; pero examinad si en los asuntos públicos me manejo con menos competencia que cualquier otro. Después de coaligar a las ciudades más poderosas del Peloponeso, sin grandes riesgos ni gastos para vosotros, puse a los lacedemonios en la tesitura de tener que jugarse en Mantinea en un solo día el todo por el todo; y de resultas de ello, a pesar de haberse impuesto en la batalla, aún hoy no han recuperado la solidez de su confianza.

17-. Y esta política fue una conquista de mi juventud y de esta locura mía que parece traspasar los límites de la normal naturaleza de un hombre; fueron ellas las que con las palabras apropiadas entablaron relaciones con las potencias del Peloponeso y ellas las que lograron persuadirlas con la confianza que su ardor inspiraba. No las temáis, pues, ahora, sino que en tanto que yo estoy aún con ellas en la flor de mi vida y Nicias parece ser un hombre de suerte, utilizad los servicios que uno y otro os ofrecemos. (2) Y respecto al envío de una flota a Sicilia, no cambiéis de parecer por pensar que se trata de una expedición contra una gran potencia. Las ciudades son muy populosas, pero sus masas son heterogéneas y se dan fácilmente los cambios de población (3) y las admisiones de nuevos ciudadanos. Por esa razón nadie está preparado como si se tratara de su verdadera patria ni con armas para su persona ni con instalaciones normales en el país; cada cual se agencia de la comunidad, mediante la persuasión de sus palabras o merced a la lucha civil, aquello con lo que piensa que podrá instalarse en otra tierra en caso de fracaso.(4) Y no es de esperar que una tal masa obedezca a una idea con voluntad unánime ni que se ponga en acción de común acuerdo; al contrario, grupo tras grupo se pasarán inmediatamente a nuestro lado si se les regala el oído", tanto más si, tal como sabemos, tienen disensiones internas.(5) Por otra parte, no disponen de tantos hoplitas como alardean, del mismo modo que se ha puesto de manifiesto que los otros griegos tampoco han sido tantos como indicaban los cálculos de cada ciudad; a este respecto, Grecia ha exagerado muchísimo las cifras y en esta guerra apenas ha contado con un número de hoplitas suficiente. (6) Tal es, pues, la situación de allí por lo que he oído decir, y todavía podrá ser más favorable, pues contaremos con muchos bárbaros que por odio a los siracusanos los atacarán juntamente con nosotros, y la situación de aquí no debe constituir ningún obstáculo si vuestro análisis es correcto.(7) Porque nuestros padres, con estos mismos enemigos que ahora se dice que dejaremos a nuestras espaldas cuando zarpe, y con la hostilidad de los medos por añadidura, conquistaron nuestro imperio sin más fuerza que la superioridad de su flota.(8) Y mirando la situación actual, vemos que nunca los peloponesios han abrigado tan pocas esperanzas de éxito frente a nosotros, y que, en el supuesto de recuperar la confianza, cuentan con medios para invadir nuestro territorio aunque no zarpe la expedición, pero no podrían causarnos daño con su flota, pues queda aquí una flota nuestra para hacerles frente.

18-. Así pues, ¿con qué argumento razonable podemos convencernos de que nos hemos de echar atrás o qué excusa podemos alegar ante nuestros aliados de allí para no prestarles ayuda? Unos aliados a quienes debemos defender, ya que nos comprometimos a ello con juramentos, sin objetar que ellos no hacen lo mismo con nosotros. Porque no los asociamos a nuestra alianza para que en correspondencia acudieran aquí a ayudarnos, sino para que ocasionando dificultades a nuestros enemigos de allí impidieran que éstos vinieran a atacarnos.(2) Así es como hemos conquistado el imperio, tanto nosotros como todos los demás pueblos que han logrado tenerlo, asistiendo llenos de celo a aquellos que en cada ocasión reclamaban nuestra presencia, fueran bárbaros o griegos; porque si todo el mundo permaneciera inactivo o se dedicara a hacer distinciones de raza para ver a qué pueblos

debía prestar ayuda, añadiríamos bien poca cosa a nuestro imperio y más bien pondríamos en peligro su propia existencia. Porque no sólo hay que defenderse del poderoso cuando ataca, sino que hay que anticiparse para que no pueda atacar.(3) Y no nos es posible determinar con precisión la extensión que queremos dar a nuestro imperio, sino que, en vista de la situación en que estamos, es necesario maquinarse contra unos y no aflojar con los otros, puesto que, si nosotros no ejerciéramos el imperio sobre los demás, seríamos nosotros mismos quienes nos veríamos en el peligro de caer bajo el imperio de los otros. No podéis mirar la inactividad desde la misma perspectiva que los demás, a no ser que estéis dispuestos a cambiar vuestro modo de vivir igualándolo al suyo.

(4) Calculando, pues, que acrecentaremos aquí nuestro poderío si marchamos contra aquellas tierras, hagamos la travesía para abatir la soberbia de los peloponesios haciéndoles ver que despreciamos la tranquilidad actual navegando contra Sicilia, y, al mismo tiempo, o conseguir el imperio de toda Grecia, como es de esperar, ya que se nos habrán unido los pueblos de allí, o al menos infligir un severo castigo a los siracusanos, con lo que nos prestaremos un servicio (5) a nosotros mismos y a nuestros aliados. En cuanto a la seguridad, tanto para permanecer, si las cosas van bien, como para marcharnos, nos la proporcionarán las naves, pues seremos los amos del mar incluso frente a todos los sicilios juntos.

(6) Que no os disuadan la política de inactividad defendida por Nicias ni su enfrentamiento entre jóvenes y viejos. De acuerdo, en cambio, con nuestro sistema tradicional, como hicieron nuestros padres, que, deliberando los jóvenes junto con los viejos, elevaron nuestro poderío hasta las altas cotas actuales, tratad también ahora de llevar adelante la ciudad con el mismo procedimiento. Considerad que juventud y vejez nada pueden la una sin la otra, pero que la mayor fuerza reside en la unión y mezcla de lo defectuoso, lo medio y lo realmente perfecto; y que la ciudad, si permanece inactiva, se consumirá en sí misma, como cualquier otra cosa, y envejecerán sus conocimientos en todos los campos, mientras que si se mantiene en lucha acumulará experiencia y reforzará la costumbre de defenderse no con palabras, sino con hechos. En suma, sostengo la opinión de que una ciudad no dominada por la inactividad con el cambio a una política de inactividad va rápidamente a la ruina, y que viven en las condiciones más seguras aquellos hombres que en su política están en el menor desacuerdo posible con las costumbres y normas vigentes, aunque éstas sean menos perfectas.”

### **Los atenienses partidarios de la expedición (19) y Segundo Discurso de Nicias (20-23)**



19-. Así habló Alcibíades. Los atenienses después de escuchar sus palabras y las de los egesteos y los exiliados leontinos, que subieron a la tribuna para pedirles y suplicarles, en nombre de sus juramentos, que acudieran en su auxilio, estaban mucho más inclinados que antes a emprender la expedición. (2) Entonces Nicias, dándose cuenta de que ya no les podría disuadir con las mismas razones, pero pensando que tal vez lograría hacerles cambiar de opinión con el argumento de la magnitud de los preparativos, si insistía en su importancia, se presentó de nuevo ante ellos y les habló de este modo:

20-. “Atenienses, puesto que os veo completamente decididos a emprender la expedición, ¡ojalá que todo salga como deseamos!; pero, respecto a la situación actual, quiero indicaros cuál es mi opinión.(2) Estamos a punto de marchar contra unas ciudades que, por lo que sé de oídas, son grandes y no están sujetas unas a otras , ni tienen necesidad de aquellos cambios gracias a los cuales uno puede estar contento de pasar de una esclavitud impuesta por la fuerza a un régimen más benigno; por lo tanto, tampoco es previsible que quieran aceptar nuestro imperio a cambio de su libertad, siendo así, además, que, para tratarse de una sola isla, el número de ciudades griegas es muy importante.(3) Porque, si dejamos aparte Naxos y Catana, que espero se alineen a nuestro lado debido a su parentesco con los leontinos, hay otras siete, que están equipadas en todos los aspectos de una forma muy similar a la de nuestras fuerzas, y ello es especialmente cierto en los casos de las ciudades que constituyen el principal objetivo de nuestra travesía, Selinunte y Siracusa.(4) Hay en ellas muchos hoplitas, arqueros y lanzadores de jabalina, y cuentan con muchas trirremes y mucha gente para tripularlas. Además tienen dinero, el de los particulares y el que se encuentra en los templos de Selinunte; y Siracusa también ingresa una fracción de los productos de algunos pueblos bárbaros. Pero lo que constituye su principal ventaja sobre nosotros es que poseen muchos caballos y que consumen el grano de sus propias tierras y no grano importado.

21-. Así pues, contra una potencia de tal envergadura no basta una flota con unas fuerzas insuficientes, sino que es necesario que un importante contingente de infantería se haga a la mar con nosotros, si es que queremos hacer algo digno de nuestro proyecto y no vernos impedidos de actuar en tierra por una numerosa caballería, sobre todo si las ciudades llegan a unirse a causa del miedo, y si, aparte de los egesteos, no contamos con otros amigos que nos proporcionen caballería con la que podamos defendernos de la de aquéllos.(2) Sería vergonzoso tener que retirarse a la fuerza o pedir refuerzos más tarde por haber decidido primero sin la reflexión suficiente. Desde aquí hay que marchar contra el enemigo con fuerzas en consonancia con su importancia, convencidos de que vamos a zarpar hacia un país que dista mucho del nuestro y de que esta campaña no se desarrollará en las mismas condiciones que cuando marcháis contra algún enemigo moviéndoos como aliados entre vuestros subditos de aquí, por lo que os resulta fácil el abastecimiento de todo lo necesario desde una tierra amiga; muy al contrario, esta vez marcharéis sin apoyo a una tierra

completamente extraña, desde la que ni siquiera será fácil que llegue un mensajero durante los cuatro meses de invierno.

22-. Me parece, pues, necesario que llevemos muchos hoplitas, tanto propios como aliados, y éstos no sólo alistados entre nuestros subditos sino también entre aquellas gentes del Peloponeso a las que podamos convencer o atraer con una soldada; y también necesitamos muchos arqueros y honderos, para hacer frente a la caballería enemiga; y asimismo se hará imprescindible nuestra superioridad en el número de naves, a fin de facilitar el transporte de víveres; y desde aquí habrá que llevar el grano en barcos de carga, trigo y cebada tostada, y también al personal de nuestros molinos, que, en un número proporcional, deberá ser reclutado con carácter forzoso aunque cobrando su paga, a fin de que si quedamos bloqueados en algún sitio a causa del temporal, el ejército tenga lo necesario (pues al ser muy numeroso, no todas las ciudades podrán acogerlo). En fin, es preciso tenerlo todo dispuesto en la medida de lo posible para no depender de otros, y sobre todo hay que contar con el dinero de aquí, con la mayor cantidad que se pueda. El de Egesta, que se nos dice que está allí a nuestra disposición, consideradlo dispuesto sobre todo de palabra.

23-. Aún en el supuesto de que nosotros no nos limitemos a partir de aquí con unas fuerzas equivalentes a las del enemigo (salvo en lo que se refiere a su fuerza de combate básica, la hoplítica), sino superándoles incluso en todos los campos, aun así apenas seremos capaces de vencerlos y de salvar nuestras fuerzas. (2) Es preciso hacernos a la idea de que vamos a fundar una ciudad en medio de pueblos hostiles y de otra raza como colonos, hombres que deben dominar el territorio inmediatamente, desde el primer día que arriban, o ser conscientes de que, si fracasan, todo les será hostil.(3) Movidio por ese temor y consciente de que son muchas las decisiones acertadas que debemos tomar y de que todavía es mayor la fortuna que hemos de tener, cosa difícil dada nuestra condición humana, yo quiero hacerme a la mar confiándome a la fortuna lo menos que pueda y con un poder militar que, en la medida de lo previsible, garantice mi seguridad desde el mismo momento de mi partida.(4) Pienso que esta forma de actuar es la que más seguridad ofrece a toda la ciudad y la que nos lleva a la salvación a nosotros, los que vamos a emprender la expedición. Pero si alguien piensa de otra manera, yo le cedo el mando”